

NEW LEFT REVIEW 116/117

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - AGOSTO 2019

ARTÍCULOS

MATTEO PUCCIARELLI	Salvini en alza	11
EVGENY MOROZOV	¿Socialismo digital?	35
JÓVENES PIONEROS	Manifiesto del 4 de mayo	75
STATHIS KOUVELAKIS	La insurgencia francesa	81
CHRISTINE BUCHHOLZ	Alemania redividida	91
SIMPOSIO DEL DSA	La nueva izquierda estadounidense	125
EMMA FAJGENBAUM	El cine como desasosiego	151
JOSEPH NORTH	Respuesta a Mulhern	177
MARY MELLOR	Una propuesta ecofeminista	207

CRÍTICA

CÉDRIC DURAND	La sala de mando de la crisis	221
MICHAEL RUSTIN	Brexitannia	235
JAN BREMAN	La sombra del desarrollo	246
GREY ANDERSON	El general	253

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Michael Levien, *Dispossession without Development: Land Grabs in Neoliberal India*, Nueva York, Oxford University Press, 2018, 332 pp.

JAN BREMAN

LA SOMBRA DEL DESARROLLO

A diferencia de la incesante expansión en China de los proyectos intensivos en capital durante las últimas décadas, muchos proyectos similares en India han quedado estancados debido a la resistencia campesina. Como señala Michael Levien en un nuevo e importante estudio, los intentos de los gobiernos estatales indios por traspasar a promotores privados grandes extensiones de tierras rurales para crear cientos de Zonas Económicas Especiales (ZEE), siguiendo el modelo chino, han hecho estallar combativas protestas por todo el país convirtiendo la expropiación de la tierra en una cuestión política de primer orden. Las continuas protestas locales obligaron a Reliance Industries a abandonar dos megaproyectos de ZEE en Maharastra y Haryana. Los campesinos se levantaron en armas en contra de un proyecto inmobiliario en la zona occidental de Uttar Pradesh. En la costa de Odisha los habitantes de los pueblos bloquearon un enorme proyecto de Pohang Steel. Las ZEE se han encontrado con una dura resistencia en Bengala Occidental, Telangana, Karnataka y Andhra Pradesh. Levien sostiene que los debates en torno a estas luchas por la tierra han quedado atrapados en un marco binario: modernización frente a romanticismo campesino, el desafío de comunidades rurales frente a la conducta depredadora del capital y el Estado. Sin embargo ha habido poca investigación en India sobre los resultados reales que han tenido las ZEE «exitosas», zonas acordonadas donde la legislación laboral no se aplica.

Dispossession without Development se centra en el caso de la Mahindra World City (MWC), una de las primeras y mayores ZEE privadas en el norte

de India, localizada en Rajastán, no lejos de Jaipur. Promocionada como la mayor ZEE del país y centrada en la tecnología de la información, la MWC acoge a una variedad de empresas que incluyen las sedes de Infosys y Deutsche Bank, así como a una saludable colonia residencial para una acomodada clientela urbana. Sin embargo, el punto central del relato de Levien no es la propia MWC, sino el proceso de expropiación de la enorme extensión de terreno que ocupa y el impacto que esta expropiación a gran escala ha tenido sobre los pueblos afectados y sus desposeídos habitantes. El libro es un relato de la experiencia de los residentes de un pueblo en concreto, Rajpura, donde Levien, un graduado del Departamento de Sociología de Berkeley que ahora da clases en la Johns Hopkins University, vivió durante trece meses a partir de enero de 2010 cuando la MWC, cuyo desarrollo había comenzado en 2005, ya estaba en funcionamiento. El libro de Levien es el resultado del trabajo de campo realizado durante el tiempo que vivió en Rajpura y durante visitas más cortas que se prolongaron durante siete años.

Levien enmarca su detallado y excelente estudio en el seno de la actual discusión acerca de las concepciones teóricas prevaletes sobre la desposesión de la tierra, que en su opinión consideran la expropiación de la propiedad de las poblaciones rurales bien como uniformemente progresistas y desarrollistas (ya sean capitalistas o socialistas), o bien como uniformemente depredadoras. Contra estas escuelas opuestas de pensamiento, Levien adelanta la hipótesis de diferentes «régimenes de desposesión», un concepto dirigido a reflejar mejor los diferentes propósitos y las variadas consecuencias de la expropiación, que dependen especialmente de cómo choca e interactúa esta con los correspondientes entornos agrarios específicos. La principal tesis de Levien es que el cambio acaecido en India caracterizado por la transición desde un capitalismo controlado por el Estado al neoliberalismo de libre mercado, que se verificó desde principios de la década de 1990, dio paso a un nuevo régimen de desposesión totalmente diferente. En general, desde la independencia hasta la década de 1990 los principales proyectos que impulsaron las desposesiones de tierras en India tomaron la forma de obras de infraestructuras, todos ellos gestionados y financiados por el sector público, lo cual suponía un compromiso con un crecimiento intensivo en mano de obra y con un desarrollo regional equilibrado. Grandes extensiones de tierras cultivables fueron rutinariamente expropiadas para construir carreteras, líneas férreas o presas en ríos, para modernizar la agricultura, extraer minerales o hacer crecer la industria pesada. Tras la liberalización económica, estas prioridades desarrollistas fueron sustituidas por la voluntad de los estados indios para confiscar la tierra de los campesinos, por cuenta de grandes corporaciones y para cualquier objetivo privado que supuestamente contribuyera al crecimiento económico, incluyendo el desarrollo inmobiliario. Aunque esta redistribución coercitiva seguía

presentándose como una intervención para generar empleo por medio de actualizar el valor y la productividad de la tierra, los proyectos eran cada vez más especulativos, los precios de los alquileres se disparaban y no se creaban empleos.

Mediando en estas transferencias de tierras se encontraba la maquinaria estatal india que, actuando en tándem con el capital empresarial, asumía el papel de agente inmobiliario. ¿Por qué estaban dispuestos los estados a recurrir a la coacción en ayuda de los promotores privados? Levien explica que la abolición de las licencias industriales, que acompañó a la liberalización económica, significó que mientras anteriormente los estados presionaban al gobierno central para obtener esas licencias, ahora tenían que competir para conseguir el capital de unos promotores privados que tenían libertad para decidir dónde invertir. A medida que se intensificó esta competencia por atraer la inversión, la capacidad de los gobiernos de los estados para desposeer a los campesinos de sus tierras se convirtió en «un criterio clave para su competitividad económica». Esta pugna entre los estados también creó incentivos para requisar la tierra por poco dinero, lo que se lograba sobre todo compensando pobremente a los campesinos.

Pero también actuaban las motivaciones individuales, ya que no eran solo los terratenientes locales los que encontraron maneras de beneficiarse de los proyectos de las ZEE, también había innumerables oportunidades lucrativas para los cargos públicos de los estados. Como Levien descubrió entrevistando a docenas de funcionarios –no solo en Rajastán, sino también en otros seis estados implicados en las adquisiciones de tierras– lo que se presenta como una autoridad y un organismo público se disuelve al observarlo con detenimiento en un conjunto multiestratificado de burócratas y políticos, que utilizan sus puestos en favor de sus intereses privados. Con un acceso anticipado a la información sobre la localización de futuros proyectos de ZEE, y así capaces de predecir dónde y cuándo se producirán aumentos de los precios de la tierra, los funcionarios gubernamentales y los políticos del partido gobernante obtienen provecho de ese conocimiento bien sea comprando ellos mismo tierras en esas zonas –registrando a menudo sus compras a nombre de familiares o compañías *benami* («sin nombre»)– o bien pasando la información a terceros a cambio de favores. Como escuchó Levien en uno de sus primeros días en Rajpura, «todo el mundo, desde el peón hasta el director de la Agencia de Desarrollo de Jaipur (ADJ), está cobrando una comisión». Y más tarde: «La ADJ es una máquina de hacer dinero para el gobierno y la burocracia». Las tajadas que se obtenían de esos acuerdos variaban con el rango, dentro de una jerarquía de los estados corrupta de pies a cabeza. Los informes de los medios de comunicación sobre estafas, fraudes, trapicheos, sobornos, etcétera, reflejan un completo régimen de informalidad donde agentes situados a ambos lados de la línea «público/privado» están asociados en prácticas

mafiosas. Están modernas prácticas fraudulentas están instigadas y promovidas por el capitalismo neoliberal.

En llamativo contraste con las luchas libradas en otras partes de India contra las transferencias forzosas de tierras a favor de promotores de ZEE –las «guerras de la tierra» que Levien describe en uno de los capítulos– el gobierno de Rajastán consiguió evitar la oposición a las desposesiones que realizó durante el desarrollo de la MWC. Realmente esta es una de las razones por las que Levien escoge a Rajpura –uno de los nueve pueblos desposeídos por la MWC– como centro de su estudio. Rajpura, hogar de aproximadamente cuatrocientas familias, era un pueblo dividido en castas con una economía agraria semiárida y dependiente de los monzones, que se basaba mayormente en los cultivos de secano y la ganadería. Sin embargo, Rajpura estaba muy lejos de la idílica imagen de una igualitaria comunidad de campesinos. Como resultado de una serie de reformas agrarias posteriores a la independencia realizadas durante las décadas de 1950 y 1960 la distribución de la propiedad en Rajpura era extremadamente desigual. Las reformas, que por lo general favorecieron a las castas superiores –*jats*, *kumavats* y brahmanes– dejaron a las castas inferiores, que entonces tenían menos capacidad para defender sus arrendamientos en el momento de su expiración, con el mínimo de tierra. Rajpura es de muchas maneras un buen ejemplo para la modernización de la teoría de la desposesión, ya que la precariedad de su agricultura –dependiente de la lluvia en una región propensa a la sequía– significaba que era más probable que sus desposeídos campesinos fueran a salir ganando con un crecimiento no basado en la agricultura y la llegada de una ZEE. Pero aunque los ingresos agrícolas estaba lejos de proporcionar los necesarios medios de vida debido a la escasez de agua, y aunque muchos hogares ya se habían diversificado parcialmente hacia otros empleos, la agricultura seguía siendo un medio vital de subsistencia para muchas de las familias del pueblo, especialmente para un semiproletariado formado por la casta más baja, cuya única fuente de ingresos, al margen de la agricultura, era un trabajo manual irregular y mal pagado.

Aunque estas condiciones objetivas de la economía agraria en Rajpura pueden haber contribuido a la ausencia de una resistencia generalizada contra la MWC, la «conformidad» de los campesinos del pueblo también se produjo –o se compró– deliberadamente mediante la política de compensaciones adoptada por el gobierno de Rajastán. En vez de ofrecer a los agricultores una compensación por sus tierras por debajo del precio del mercado –como fue la habitual política en el país– los agricultores de Rajpura recibieron parcelas de terrenos urbanizados adyacentes a la ZEE. Estas parcelas se reducían al 26 por 100 de las propiedades originales, pero el *boom* del precio de la tierra significaba que los agricultores se incorporaban efectivamente a la especulación inmobiliaria desatada por el desarrollo. (El precio

de una hectárea de terreno cultivable en Rajpura con anterioridad a la ZEE era aproximadamente de 16.000 dólares; en 2008 alcanzaba los 280.000). Levien señala que los propietarios de tierras desposeídos pasaron de tener «una relación colectiva con el estado, a una relación individualizada con el mercado», dividiendo todavía más unos intereses que ya estaban fragmentados por las desigualdades producidas por el sistema de castas en la propiedad y suavizando la oposición especialmente de los grandes propietarios, que consideraron que la conmoción que se avecinaba suponía una oportunidad para enriquecerse.

A pesar de unos comienzos tan prometedores –la insegura economía agraria existente y la política de compensaciones atípicamente «generosa»– la MWC no benefició a todo el mundo y sus consecuencias fueron radicalmente desiguales. De hecho, la bonanza inmobiliaria que acompañó a la ZEE condujo a una explosivo aumento de las desigualdades ya existentes debido a la desigual distribución de la tierra y a las desiguales capacidades de los propietarios para venderla en vez de cultivarla: mientras que el segmento de las castas superiores, con grandes extensiones, acabó obscuramente rico gracias a su sagacidad o a la buena suerte, muchos habitantes de Rajpura –incluyendo a las castas menos favorecidas, endeudadas y con pocas tierras– profundizaron su proceso de proletarianización y empobrecimiento. Para esta mayoría los ingresos de la mercantilización de la tierra no compensaron un abandono de la agricultura que les privó de un crucial medio de subsistencia. Con bajos niveles educativos, relativa falta de cualificación laboral y carentes de toda red social más allá del pueblo, estos habitantes no estaban en condiciones de disfrutar de la mayoría de las oportunidades de empleo que ofrecía la ZEE y, en el mejor de los casos, encontraron en ella trabajos precarios –como jardineros o porteros– en la economía informal, que predomina fuera y dentro de la misma. Paralelamente, la total exclusión de la mujer del terreno de la especulación con la tierra impulsó hasta nuevas alturas la desigualdad de género, dentro de lo que ya era una sociedad ultrapatriarcal. Añadido a todo esto, el pueblo no recibió los servicios, instalaciones y comunicaciones prometidos, que por lo menos hubieran supuesto una mejora para la localidad.

Levien, tratando de dar algún «orden conceptual» a las diferentes trayectorias posteriores a la MWC, divide a los residentes de Rajpura en cuatro categorías: «neorentistas», la minoría de grandes terratenientes que se hicieron muy ricos mediante la especulación y la intermediación inmobiliaria; «gestores de pequeños activos», que realizaban similares actividades a una escala mucho más pequeña y por ello tenían una situación más precaria afrontando siempre el riesgo de proletarianización; los «proletarianizados», una categoría que abarcaba a la mayoría de los agricultores marginales de castas inferiores, que se convirtieron en trabajadores asalariados sin tierras y, por último, los «excluidos», aquellos residentes que habían ocupado parcelas

sin tener su propiedad y por ello no recibieron ninguna compensación. Los pequeños propietarios, a menudo agobiados por las deudas, no podían permitirse esperar futuras subidas de los precios de la tierra y aceptaron ofertas cuando el valor del terreno con el que se les había compensado todavía era relativamente bajo, mientras que aquellos con propiedades mayores, amplias redes sociales o mayor perspicacia para los negocios disponían del conocimiento y de los medios para posponer la venta de sus parcelas hasta que el *boom* inmobiliario alcanzara su punto culminante. Levien resume el proceso por el que los propietarios cayeron en una de estas trayectorias como «diferenciación mediante la especulación».

¿Cuáles son las conclusiones generales que se pueden extraer del relato de Levien sobre lo que sucedió en Rajpura? En primer lugar, el fracaso del paradigma del desarrollo que sugiere que la transformación impulsada en la cuenca del Atlántico en el transcurso de los siglos XIX y XX –un cambio de una economía agrario-rural a otra industrial-urbana– también sería la trayectoria de naciones más jóvenes como India. Megaproyectos como la MWC confirman que la aplicación de este paradigma a los países de desarrollo tardío es una equivocación. A la sombra de la nueva ZEE, Rajpura ya no es una economía agrario-rural pero tampoco se ha convertido en industrial-urbana. En vez de ello es un espacio no definido donde la mano de obra está inmersa en una economía precaria tratando de seguir aferrada a los activos agrarios necesarios para salvaguardar parte de los ingresos del hogar, pero cada vez más dependiente de los ingresos procedentes del trabajo irregular e imprevisible que ofrece la economía informal no agraria. De acuerdo con un reciente estudio, el desplazamiento inducido por el desarrollo ha recolocado forzosamente a 70 millones de habitantes del país desde la década de 1950. Rotos sus lazos rurales pero con insuficientes rutas para salir de la agricultura, para la mayoría la nueva forma de vida es un híbrido contradictorio: aspiran a la vida urbana y a un estilo de consumo que refleja una movilidad ascendente, pero las condiciones reales que sustentan ese estilo de vida son imposibles de alcanzar.

Levien ha elaborado un magnífico libro, sus hallazgos empíricos están meticulosamente analizados al mismo tiempo que la obra en su conjunto es sumamente amena y vívida. Acabo mi análisis con una cuantas notas de ligeras discrepancias. En primer lugar, aunque Levien se basa fructíferamente en el concepto de David Harvey de «acumulación por desposesión», pero desviándose del énfasis que Harvey concede al papel del capital, dado que resalta el papel de los estados –de hecho, Levien define la desposesión como una «redistribución coercitiva mediada por los estados»– su relato de la liberalización económica en India es extrañamente apolítico y falto de concreción. La despiadada liberalización impulsada por el gobierno Rao/Singh a principios de la década de 1990 se describe de forma pasiva: «El comercio fue significativamente liberalizado», mientras que al propio proceso de liberalización se

le da una impersonal capacidad de actuación: «Estas reformas transformaron la economía india [...] la liberalización invirtió rápidamente el predominio del sector público». Las fuerzas políticas que aprobaron estas reformas neoliberales reciben poca atención y análisis. Al mismo tiempo, a pesar de la sensibilidad de Levien hacia la heterogeneidad existente entre los entornos agrarios desposeídos por las ZEE y, dentro de cada uno de ellos, no refleja las diferencias y desigualdades del capitalismo en India. Del mismo modo, su razonamiento podría haberse fortalecido con un análisis comparativo del legado de desposesión del Estado colonial, utilizando para ello las encuestas y los manuales de la colonización que optaban tendenciosamente por la emisión de títulos de propiedad para las comunidades campesinas socialmente en ascenso, posteriormente clasificadas como castas dominantes, en detrimento de los derechos tradicionales de comunidades agropastoriles y otros estratos desarraigados, normalmente clasificados como tribus. Desde la independencia, las privatizaciones de las propiedades comunales de los pueblos, incluyendo el agua, han seguido la política de «apostar por los fuertes».

Por último, y más concretamente, Levien sostiene que los habitantes que más sufrieron el desarrollo de la MWC fueron los que tenían propiedades pequeñas. Estos grupos, luchando por evitar el empobrecimiento y saldar deudas crecientes, o bien vendieron rápidamente las parcelas compensatorias por mucho menos de lo que podían haber obtenido si hubieran estado mejor informados o no hubieran tenido tanta necesidad de dinero, o bien se convirtieron en «gestores de pequeños activos», sobreviviendo frágilmente con pequeñas cantidades de capital y a menudo quedándose en la cuneta. Pero aunque es técnicamente cierto que los habitantes sin tierras del pueblo –los «excluidos» de Levien– no tenían nada que perder con la expropiación, hay razones para sacar la conclusión de que a pesar de ello fueron el grupo más afectado, aunque sus pérdidas materiales sean más difíciles de cuantificar. Tratados como okupas, los residentes sin tierra de Rajpura se vieron desplazados sin ser compensados o realojados y ello significó, de hecho, su inhabilitación como ciudadanos. Realmente, en una de sus visitas posteriores, Levien encontró que esta pauperizada franja de población había desaparecido por completo del pueblo. Sin ningún lugar donde vivir en el alterado panorama rural actual al no recibir parcelas compensatorias, estos habitantes excluidos quedaron sin otra opción que la de irse. «Gente de ningún lugar» es como he calificado a estos desechados que, expulsados de la sociedad dominante por su prolongada redundancia para las fuerzas del mercado, no están reconocidos en los censos y memorias del Estado y ya no disfrutan de los derechos de ciudadanía. Vagan sin rumbo, sin voz ni presencia reconocida en la sociedad –aunque sí visibles para los aparatos represores del Estado– aparentemente irrelevantes incluso para el régimen de acumulación mediante desposesión del que son la última consecuencia.